

www.elboomeran.com

Alan Pauls

Historia del dinero



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Daddy Daddy», Maurizio Cattelan, 2008, Solomon R. Guggenheim
Museum, Nueva York. Fotografía de Kristopher McKay, © The Solomon R.
Guggenheim Foundation, Nueva York

Primera edición: marzo 2013

© Alan Pauls, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9761-6
Depósito Legal: B. 1257-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Apenas llegue el dinero le aseguro que volveré
a ser totalmente normal.

FRANZISKA ZU REVENTLOW

No ha cumplido quince años cuando ve en persona a su primer muerto. Lo asombra un poco que ese hombre, amigo íntimo de la familia del marido de su madre, ahora, encogido por las paredes demasiado estrechas del ataúd, le caiga tan mal como cuando estaba vivo. Lo ve de traje, ve esa cara rejuvenecida por la higiene fúnebre, maquillada, la piel un poco amarillenta, con un brillo como de cera pero impecable, y vuelve a sentir la misma antipatía rabiosa que lo asalta cada vez que le ha tocado cruzárselo. Así ha sido siempre, por otro lado, desde el día en que lo conoce, ocho años atrás, un verano en Mar del Plata, cuando falta poco para almorzar.

No corre una gota de viento, las cigarras ponen a punto otra ofensiva ensordecedora. Huyendo del calor, del calor y del tedio, él deambula a la deriva por ese caserón de principios del siglo veinte donde no termina de encontrar su lugar, poco importan las sonrisas con que lo reciben los dueños de casa apenas la pisa por primera vez, la habitación exclusiva que le asignan en el primer piso o la insistencia con que su madre le asegura que, recién llegado y todo, tiene tanto derecho al caserón y a todo lo que hay en él

—incluyendo el garage con las bicicletas, las tablas de surf, los barrenadores de telgopor, incluyendo también el jardín con los tilos, la glorieta, las hamacas de hierro y esos canteiros con hortensias que el sol chamusca y decolora hasta que los pétalos parecen de papel— como los demás, entendiendo por los demás la legión todavía difusa pero inexplicablemente creciente que él, con un desconcierto que los años que hace que escucha la expresión no han disipado, oye llamar su *familia política*, toda esa tropa de primastros, tiastras, abuelastras que le han brotado de un día para el otro como verrugas, a menudo sin darle tiempo para lo básico, retener sus nombres, por ejemplo, y poder asociarlos con los rostros a los que corresponden. El calvario del que se ve obligado a moverse porque no encaja: todos los pasos que da son en falso, cada decisión un error. Vivir es arrepentirse.

En alguna escala de su vagabundeo aterriza en la planta baja y lo ve, lo sorprende más bien —al muerto, desde luego, ¿a quién, si no?— deslizándose en el comedor como en puntas de pie, en actitud sospechosa. No tiene la agilidad inquietante de un ladrón. Si hay algo que no representa, rubicundo como es, de una afectación casi femenina, con esa piel siempre salpicada de manchas rojas, es una amenaza. Tiene el modo tenue de moverse, la delicadeza de un mimo o un bailarín, y pega unos saltos mudos, tan inofensivos como la misión que lo ha llevado hasta el comedor antes de que la campana anuncie oficialmente la hora del almuerzo: ganarle de mano al resto de la familia para saquear uno por uno, con los picotazos de sus dedos manicurados, metódicos, los platitos donde acaban de servir los crostines que decidió comprar él mismo esa mañana, una marca de nombre vagamente extranjero cuyas bondades, al parecer, lleva una semana promoviendo sin que le hagan caso.

Como todo el mundo, él ha confiado en que la muerte

lave esa vieja aprensión. Al menos eso, si es que no consigue borrarla. De modo que se acerca al ataúd, lo único, además de la mujer del muerto –a la que por otro lado lleva un buen rato sin ver–, que lo atrae en ese departamento sofocante adonde su madre lo ha llevado sin decir una palabra tan pronto vuelve de la escuela. Avanza clavando el mentón contra el pecho, con el mismo aire grave y reconcentrado que ensombrece con una rara unanimidad la cara de los adultos y que en menos de diez minutos, con sólo echarle un vistazo, ya es capaz de plagiar a la perfección, envalentonado, además, por la formalidad del uniforme del colegio con el que su madre lo ha obligado a quedarse, lo único que su guardarropa ofrecía a la altura de la situación. Pero cuando llega hasta el cajón, con la esperanza de que ver al muerto en vivo –como alguna vez ha bromeado con los compañeros de colegio con los que comparte esa inexperiencia en asuntos de velorio– relegue la vieja hostilidad al subsuelo donde marchitan sus intolerancias de niño, las voces a su alrededor se entrelazan en un rumor confuso, el sonido ambiente se apaga y él, incrédulo, descubre que lo único que oye, lo que vuelve a oír intacto, conservado en estado de máxima pureza, es una sola cosa: el crepitar intolerable de los crostines dentro de la boca del muerto. Son en rigor dos sonidos alternados: el crujido que hacen los crostines al ser triturados por los dientes, nítido pero opaco, asordinado por el decoro de una boca educada para abrirse lo menos posible mientras mastica, y el chasquido vivaz, regular, los latigazos ínfimos que resuenan al instante de la trituración, cuando los labios se regodean prolongando unos segundos el deleite de saborearlos. Pero no: no están en el aire ni en su cabeza. No son una alucinación ni un recuerdo. Están ahí adentro, suenan en la boca misma del muerto.

Cuántas veces vuelve a cruzárselo a lo largo de los años

que siguen: ¿diez? ¿treinta veces? Y sin embargo, nada persiste tanto en él como ese crepitar repugnante. Ve al muerto casi todos los veranos en Mar del Plata y en las situaciones más diversas: en malla, por ejemplo, con la piel blanquísima, salpicada de lunares, achicharrada por el sol, encaminándose hacia el mar con los pies abiertos en ve, como un pato, o luciendo sus camisas color salmón en un descapotable italiano con el que dicen que ha probado suerte en el autódromo, o jugando al golf y perdiendo por paliza y dejándose distraer –apenas anota con el lapicito en su tarjeta los siete golpes grotescos que le exigió el par cuatro que acaba de dejar atrás– por las cosquillas que dice que le hace en la muñeca una costurita del guante que ha terminado por ceder, la punta ligeramente roma del *tee* que se mete entre los dientes o el hambre que ha empezado a sentir cuando no son todavía las diez de la mañana, nimiedades que comenta en voz alta, a veces a lo largo de hoyos enteros, como si fueran episodios de un drama ominoso, con el único fin de desconcentrar a sus adversarios y así, tal vez, remontar los números adversos de su tarjeta. Le toca también verlo en Buenos Aires, en su propia casa, invitado a algún cumpleaños familiar, moviéndose con la suficiencia un poco insolente de esos amigos de la familia que se arrojan un lugar más íntimo que los mismos parientes, o firmando cheques en una confitería de la calle Florida, uno de esos salones inmensos, pasados de moda, con sillones *capitonnés* y mozos de un profesionalismo ceñudo donde el marido de su madre, con el pretexto de familiarizarlo con un modelo de vida adulta que siempre le resultará ajeno, suele almorzar y cerrar tratos comerciales con colegas. Lo ve una vez bajo el sol en una chacra de la provincia de Buenos Aires, vestido con pantalones blancos y botas de montar y un vaso largo en la mano con una bebida color guinda que bebe de a sorbos

cortos, casi aspirándola, como si estuviera muy caliente, mientras un peón flaquísimo, de boina, se ha retirado a un costado y espera con incomodidad algo que no llega.

Pero lo que le queda de él en todo ese tiempo no es el tono atiplado de su voz, ni sus nervios frágiles, siempre en carne viva, ni los aires de importancia con que toma la copa de vino por el tallo y la hace girar sobre el posabrazos del sillón. No son sus anteojos de sol, ni sus pulóveres de hilo claros anudados al cuello, ni sus mocasines con hebilla, ni esa especie de impaciencia crispada que es el sello de su relación con los demás y con el mundo, dos cosas o categorías de cosas cuya existencia sólo acepta a regañadientes, como si no tuvieran otra razón de ser que hacerle perder tiempo, especialmente los personajes subalternos que por hache o por be le salen al paso, peones de estancia, *caddies*, choferes, mozos, antes que nada el selecto ejército de mucamas que patrullan a toda hora el caserón de Mar del Plata y todos los días, en el doble turno de almuerzo y cena, sirven en esos platitos de espejeante acero inoxidable los crostines que él, después de ensalzarlos todo un verano, termina por imponer, destronando a las galletitas de agua, y que de ahí en más acompañarán todas las comidas de la casa. Lo que a partir de ese mediodía de verano en Mar del Plata, al menos para él, identifica al muerto de manera inmediata, como una cicatriz, tan por arte de magia que el muerto ya no necesita emitirlo para que él lo reconozca envenenándole los oídos, es el sonido que hace con la boca cuando mastica esos putos crostines.

No quiere asomarse al cajón por miedo a encontrarle alguna miga pegada en la comisura de los labios. Sería demasiado. Está ahí, a tres pasos, entrando ya en la órbita del crepitar pero pensando qué no daría por estar en otro lado —metido en un cine, por ejemplo, viendo una de esas pelí-

culas checas o húngaras que dan en el cine del partido comunista y a las que casi nadie quiere acompañarlo, o en la pieza de al lado, sin ir más lejos, de polizón, espiando desde algún escondite ignominioso cómo la viuda del muerto cede al efecto de los sedantes, se acomoda en la cama que rebosa de abrigos, extiende esas largas piernas huesudas que él conoce tan bien, y se saca los zapatos de taco con la punta de los pies—, y siente renacer en él la misma aprensión que lo asalta durante los almuerzos en Mar del Plata, cuando el muerto, sin dejar de hablar, cosa que hace siempre en el modo monólogo, al parecer el único que conoce, se mete en la boca un crostín detrás de otro. Si al menos se limitara a eso, a masticarlos con esa paciencia de roedor epicúreo que hace del crepitar la banda sonora de sus peroratas. Pero no: tiene también que paladear con los labios el banquete que acaba de darse, abriéndolos y cerrándolos con una fruición de recién nacido. A tal punto esta aprensión es tan intensa como aquélla, que saca de cuadro y borra todo lo demás, todo lo que distingue este instante de aquéllos y apuntala ese mundo asordinado, un poco submarino, que es la sociedad del luto: el crujido del parquet bajo sus pasos de intruso, el vaho dulce que despiden las coronas de flores, la penumbra llena de sollozos y hasta la pregunta que, como un secreto a voces, no para de circular desde la madrugada en que el equipo de buzos de la Prefectura encuentra al muerto en el fondo del río San Antonio: *¿dónde está la plata?* Antes que todo eso, sin embargo, lo que la vieja aprensión borra en él es la evidencia atroz de que el degustador de crostines está muerto, rígido y mudo como todo muerto, y que el sabor de esas tostadas que en vida lo vuelven loco de placer le es ahora tan inaccesible como todo lo que forma parte de este mundo, sin ir más lejos sus dos hijos, el mayor, al que mantienen en la cocina, sobornado por un vaso de

chocolatada que se niega a probar, el menor, de meses, que duerme en una pieza bajo la custodia de una mucama, y su viuda, con sus ojos negros, sus labios siempre un poco pasados, su piel de leche constelada de pecas.

Pensándolo bien, lo que vuelve de la mano de la aprensión es todo un ritual de clase. La hora del almuerzo es la tribuna que el muerto usa para hacer política, lo que en su caso, obsesionado como está por el único drama injusto para el que parece tener alguna sensibilidad –la lucha desigual entre la vulgaridad y el buen gusto–, se reduce a denunciar el naranja chillón con que se les ha dado por pintar las sillas de mimbre del balneario, tradicionalmente blancas, o las ramblas inundadas de música para sirvientas, o la procacidad plebeya que infecta los títulos de las obras de teatro que se estrenan durante el verano. Menos por deferencia que por afán de convencer, el muerto despótica mirando a sus interlocutores a los ojos. Pasa de uno a otro con naturalidad, empeñado en ganarlos para una causa que los demás acaso suscriban pero a la que tarde o temprano deben renunciar, abrumados por un énfasis que les cuesta compartir. Y mientras habla sus dedos se ponen en marcha, a ciegas pero seguros, y van planeando paralelos sobre el mantel hasta detenerse junto al platito de acero inoxidable, donde pescan la punta del primer crostín de la pila y se lo llevan a la boca. La operación tiene una elegancia aérea, como caligráfica, a la que el muerto, sin embargo, recién accede al cabo de días de aprendizaje. Además de crocante, la masa de los crostines es excepcionalmente delgada, y los poros por los que respira le dan una vertiginosa fragilidad. Cualquier cosa puede quebrarla, quebrada vale menos que nada. Cuántas veces, al principio, cuando todavía no calibra bien la consistencia de los crostines, el muerto mismo, que esgrime el milagro de delicadeza que son para denostar la rusticidad guaranga

de las galletitas de agua, los hace trizas no bien desgarra el celofán en el que vienen envueltos, o los despedaza al llevárselos a la boca, o los hace estallar en el momento mismo de morderlos, a tal punto que una hora y media después, cuando el almuerzo termina y se levanta por fin de la mesa, la proporción que ha conseguido meterse en el estómago es ridícula comparada con los escombros que tapizan su sector del mantel.

Hay veces, viéndolo así, hablando y masticando sin parar, en que no sabe qué lo retiene, qué fuerza formidable le impide reaccionar, pararse sobre la silla, enchastrar con sus zapa-tillas embarradas la pana roja del tapizado y, saltando sobre la mesa servida, pisoteando fuentes, platos que humean, el mantel de hilo blanco recién sacado de la tintorería, lanzarse en un salto suicida contra el muerto y obligarlo a callarse poniéndole un cuchillo en la garganta, romperle los dientes, cortarle la lengua. Una y otra vez, sin embargo, se queda quieto en su silla, los brazos caídos a los costados, los ojos clavados en el plato que apenas si probará, mientras la voz del muerto y el crujir de los crostines siguen tejiendo a su alrededor su selva odiosa. Qué otra cosa podría hacer, a su edad y en ese territorio enemigo donde ni siquiera su madre termina de hacer pie —su madre, que es quien lo lleva y lo deja ahí, jurándole y perjurándole que no tiene nada que temer. Ayunar: ésa es toda su protesta. Ayunar y, dos horas más tarde, en plena siesta, bajar famélico hasta la cocina, robar en un golpe comando una buena provisión de galletitas de agua y zam-párselas con rodajas de queso fresco a solas en su cuarto, con la persiana baja y el velador escupiéndole su solitario cono de luz sobre una revista de historietas. Ayunar y esperar en silencio, con la valija hecha en su cabeza y el corazón palpitante, que el primero de febrero llegue de una vez y su padre se lo lleve de vacaciones lejos, muy lejos, a cualquier parte.